El timo

. . .

Las teorías equivocadas no mueren solas. Algunas sobreviven décadas a pesar de que la evidencia las contradice, y no porque sus defensores sean tontos o deshonestos, sino porque la teoría desarrolló una manera de convertir cada objeción en una confirmación. La filosofía de la ciencia tiene un nombre para eso: inmunización. Esta entrega explica cómo funciona el mecanismo, por qué la versión que hoy circula en los programas de Filosofía del bachillerato uruguayo es una de las más eficaces que se conocen, y por qué el aula de un liceo es el lugar donde ese mecanismo tiene más poder. Soy médico, y la imagen que mejor lo describe viene de mi oficio.

Mil y una experiencias

En 1919, un joven Karl Popper trabajaba con niños en los barrios obreros de Viena y colaboraba con el psicólogo Alfred Adler. Un día le contó a Adler un caso que no le parecía encajar en su teoría del complejo de inferioridad. Adler lo analizó sin dudar en esos términos, sin haber visto nunca al niño. Popper le preguntó cómo podía estar tan seguro. «Por mi experiencia de mil casos», contestó Adler. Y Popper, que contó la anécdota muchos años después en *Conjeturas y refutaciones*, le respondió: «Y con este nuevo caso, supongo, su experiencia es de mil y un casos».

Popper entendió ahí algo que le llevó el resto de la vida formular. La teoría de Adler, como la de Freud y como el marxismo de su época, podía explicar cualquier cosa. Un hombre que empuja a un niño al agua y otro que se tira a salvarlo confirmaban por igual el complejo de inferioridad. Para el psicoanálisis, si el paciente acepta la interpretación, la confirma, y si la rechaza, su rechazo es resistencia, y la resistencia también la confirma. Para el marxismo, si el obrero no se rebela, es porque tiene falsa conciencia. Una teoría que no puede ser contradicha por ningún hecho imaginable no es más fuerte por eso. Es más débil, porque ya no dice nada sobre el mundo.

En quinto año de liceo tuve una profesora que nos preguntaba si las cosas eran tan así como decía Freud. Yo no lo sabía entonces, pero estaba haciendo con nosotros lo que Popper hizo con Adler.

El nombre del mecanismo

Popper describió el problema en *La lógica de la investigación científica* bajo el nombre de «estratagema convencionalista». Su discípulo alemán Hans Albert le dio el nombre con el que quedó en la filosofía de la ciencia. En su *Tratado sobre la razón crítica*, de 1968, Albert llamó estrategias de inmunización a los procedimientos con los que una teoría se vuelve inatacable: redefinir los términos para que ningún caso los contradiga, agregar hipótesis especiales cada vez que aparece un dato incómodo, y sobre todo reinterpretar la objeción como un síntoma de aquello que la teoría describe.

No todo rescate de una teoría es inmunización, y vale la pena ser justo con esto. Imre Lakatos, que figura en la bibliografía de segundo año de los programas vigentes, mostró que la ciencia real agrega hipótesis auxiliares todo el tiempo para salvar sus teorías frente a anomalías, y que eso es legítimo. Su criterio para distinguir el rescate sano del enfermo es simple y potente: un programa de investigación es progresivo cuando sus nuevas hipótesis predicen hechos que nadie había observado, y es degenerativo cuando las hipótesis solo sirven para absorber las anomalías que ya aparecieron. El rescate sano le agrega contenido a la teoría. La inmunización se lo quita.

De todas las estrategias que describe Albert, la más eficaz es la última, porque ni siquiera necesita tocar la teoría. Le alcanza con mirar al que objeta. La objeción deja de ser un argumento que hay que responder y pasa a ser un dato sobre quien la formula: su resistencia, su falsa conciencia, sus intereses, su posición social. Así la teoría no solo sobrevive a la crítica, sino que se alimenta de ella. Cada crítico nuevo es un caso más, el mil y uno.

La versión que se enseña hoy

La forma contemporánea más refinada de este mecanismo tiene un nombre académico: epistemologías de la ignorancia. El filósofo Charles Mills acuñó en 2007 la noción de «ignorancia blanca» para describir algo real y documentado. Durante décadas, buena parte de la población blanca de Estados Unidos no vio la segregación racial que tenía delante, y esa ceguera no era simple falta de información, sino que la sostenían intereses y estructuras sociales. El filósofo José Medina la generalizó como «ignorancia activa»: un no saber que se defiende a sí mismo. Como descripción histórica, el concepto es valioso. Hay ignorancias que no son inocentes, y la historia está llena de ejemplos.

El problema aparece cuando el concepto deja de describir casos y empieza a explicar desacuerdos. Si la persona que discrepa con una teoría sobre la opresión lo hace porque su posición social le impide ver la opresión, entonces cualquier discrepancia con la teoría

confirma la teoría. Es la estructura exacta de la resistencia del paciente y de la falsa conciencia del obrero, con un vocabulario nuevo.

La optativa de Argumentación y Debate que se ofrece en primer año de bachillerato tiene una unidad sobre los desacuerdos profundos. En su bibliografía está el artículo clásico de Robert Fogelin sobre la lógica de esos desacuerdos, y eso es un acierto. Al lado están el texto de Mills sobre la ignorancia blanca y un artículo titulado «Desacuerdo profundo, ignorancia activa y activismo epistémico». Y en su rúbrica de evaluación figura que el estudiante «identifica intereses políticos, sociales o personales en los posicionamientos» y «revisa su propio lugar de enunciación». Ninguno de esos elementos es ilegítimo por separado. Juntos, le dan al estudiante una explicación lista para usar cuando alguien no está de acuerdo con él: el otro habla desde sus intereses, desde su lugar, desde su ignorancia activa. Lo que no le dan es la herramienta inversa, la que le permitiría preguntarse si esa explicación no es, a veces, una manera de no escuchar.

Esa herramienta existe, y viene incluso de la izquierda. El filósofo Olúfẹ́mi O. Táíwò criticó en 2020 la «deferencia epistémica», la práctica de dar por buena la palabra de quien ocupa una posición marginada y de callar a quien no la ocupa. Su argumento es que esa práctica no redistribuye el poder: lo deja en manos de quienes logran estar en la sala y hablar en nombre de los demás. Táíwò no figura en ningún programa.

El timo

En medicina, el timo es una glándula pequeña que está detrás del esternón y que trabaja sobre todo en la infancia y la adolescencia. Ahí maduran los linfocitos T, las células que después van a distinguir en todo el cuerpo lo propio de lo extraño. El aprendizaje tiene dos etapas. En la primera, el timo conserva solo los linfocitos capaces de reconocer las señales con que el propio organismo se identifica, y los que no las reconocen mueren. En la segunda, unas células especiales del timo les presentan a los linfocitos muestras de los tejidos del propio cuerpo, y los que reaccionan con fuerza contra ellas también mueren. Lo que sale del timo es un ejército entrenado para atacar lo extraño y tolerar lo propio. Lo que se aprendió ahí como propio queda protegido de por vida, y cuando ese aprendizaje falla y el sistema ataca al propio cuerpo, la medicina lo llama enfermedad autoinmune.

Un programa de Filosofía funciona como un timo para las ideas, y la analogía es más precisa de lo que parece. El bachillerato llega en la misma etapa de la vida en que el timo trabaja, y cumple la misma función: enseñar qué se defiende y qué se ataca. Cuando el programa presenta una teoría como punto de partida y no como una posición entre otras, la registra como propia. La capacidad crítica que el estudiante aprende en paralelo sale entrenada para atacar lo extraño, que en el lenguaje de los programas es «lo dado», el canon, las tradiciones heredadas. Y la crítica dirigida contra el marco recibido queda selec-

cionada negativamente: el estudiante aprende, por la rúbrica y por la bibliografía, que ese tipo de objeción tiene una explicación, y que esa explicación es un defecto de quien objeta.

Fuera del liceo funciona algo parecido a lo que la inmunología llama tolerancia periférica. Unas células reguladoras patrullan el organismo y apagan las reacciones contra lo propio que se escaparon del timo. En la vida social, ese papel lo cumple la sanción: la etiqueta que convierte al crítico en un problema moral, el «transfóbico» que termina una discusión antes de que empiece.

Y acá la analogía muestra lo más grave del mecanismo. Cuando una teoría sobre la identidad se aprende como propia, termina formando parte de la identidad del que la aprendió. Entonces la crítica a la teoría deja de vivirse como una discusión de ideas y pasa a vivirse como un ataque a la persona, como una agresión autoinmune. Por eso hay discusiones sobre el género en las que discrepar con Butler se escucha como «negar la existencia» de alguien. Esa confusión entre una teoría y las personas a las que la teoría pretende describir es la inmunización más perfecta que conozco, porque hace que criticar la teoría parezca cruel. Hay personas reales detrás de estas discusiones, que merecen respeto y protección legal, y precisamente por eso conviene separar con cuidado lo que les debemos a ellas de lo que les debemos a las teorías que hablan en su nombre.

La pregunta que desactiva el mecanismo

Popper dejó una pregunta que desarma cualquier inmunización, y que tiene la ventaja de ser simétrica: ¿qué tendría que pasar para que cambiaras de idea? Una teoría que tiene respuesta para esa pregunta está en la discusión. Una teoría que no la tiene, o que responde que cualquier objeción es un síntoma, se salió de la discusión aunque siga hablando.

La pregunta vale para todas las teorías por igual: para Butler, para Popper, para Marx, para quienes sostenemos que el sexo es una realidad biológica que importa. Y vale para esta serie. La entrega anterior sostuvo, con una codificación publicada, que las preguntas sesgadas de los programas se concentran en la zona disputada. Si un codificador independiente revisa esa planilla y encuentra que el sesgo se reparte igual en las dos zonas, esa tesis cae, y lo voy a decir. La prueba se hizo: ocho modelos de lenguaje recodificaron la planilla sin conocer la hipótesis, y la concentración se mantuvo. Esa es la diferencia entre un argumento y un sistema inmunológico: el argumento dice de antemano cómo se lo puede derrotar.

Un estudiante de quince años que aprende a hacerle esa pregunta a todas las teorías, incluida la de su profesor y la suya propia, tiene un sistema inmune que funciona bien: trata a todas las ideas como cosas que se pueden examinar. En un aula de filosofía, nin-

guna idea debería ser propia en el sentido del timo, y eso incluye las que le enseñaron como punto de partida.

⁂

Esta es la quinta entrega de una serie sobre los programas de Filosofía de la Educación Media Superior uruguaya. Cada entrega se puede leer por separado.

Fuentes

Albert, H. (1973). *Tratado sobre la razón crítica*. Sur. (Original alemán de 1968).

Dirección General de Educación Secundaria. Programas de asignaturas (revisión 2026): EMS Optativa Argumentación y Debate 1.er año (unidad sobre desacuerdos profundos, bibliografía y rúbrica de evaluación); EMS Filosofía 2.º año (bibliografía).

Fogelin, R. J. (1985). The logic of deep disagreements. *Informal Logic*, 7(1), 1-8.

Lakatos, I. (1989). *La metodología de los programas de investigación científica*. Alianza.

Medina, J. (2013). *The Epistemology of Resistance*. Oxford University Press.

Mills, C. W. (2007). White ignorance. En S. Sullivan y N. Tuana (Eds.), *Race and Epistemologies of Ignorance*. SUNY Press.

Popper, K. (1983). *Conjeturas y refutaciones*. Paidós. (Capítulo 1; original de 1963).

Popper, K. (1962). *La lógica de la investigación científica*. Tecnos.

Radi, B. (2022). Desacuerdo profundo, ignorancia activa y activismo epistémico. *Cuadernos de Filosofía*, 40. Universidad de Concepción.

Táíwò, O. O. (2020). Being-in-the-room privilege: Elite capture and epistemic deference. *The Philosopher*, 108(4).